

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN.....	2,50
Idem del Suplemento.....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN
15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 19, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

SUSCRIPCIÓN HOMENAJE

á favor de la

SEÑORITA EMILIA VILLACAMPA

(El producto de esta suscripción se repartirá proporcionalmente entre los huérfanos y viudas de los patriotas republicanos que hayan sucumbido por esta causa.)

	Pesetas.
Suma anterior.....	448 50
D. Rosendo Alonso Rey (Abadín).....	10 70
D.ª Esmeralda Castillo (Ayora).....	5
D. Ramón Sentís (Cariñena).....	5
» Sebastián Campos (id.).....	1
» Manuel Soria.—Virgilio del Caso.—José Sentís.—Rosa Birbién de Sentís: á 50 céntimos cada uno (id.).....	2
D.ª María Sentís (id.).....	25
Suma y sigue.....	472 45

CORONACIÓN RECLAMO

Por fin coronan al poeta Zorrilla. Era de esperar.

Así como á la puerta de ciertos comercios donde no entra nadie ponen un enano con un gigantesco gorro de papel para llamar la atención, así algunos señores granadinos han pensado en el viejo vate para dar animación á su feria. Tretas mercantiles que la necesidad disculpa, aun cuando la rectitud de conciencia las repruebe.

Zorrilla, que tiene el Yo más fenomenal que se ha conocido, se ha prestado á la farsa sin parar mientes en la ocasión que para coronarle elegían, acaso por no desmentir con un rasgo de modestia una vida entera consagrada á la exhibición aparatosa.

He dicho que tiene el Yo más fenomenal del mundo, y estoy en el deber de probarlo; y no con citas de los versos que hizo de joven, cuando lleno de ilusiones y con la sangre hirviendo podía parecerle que el planeta era pequeño para contener su grandeza; sino con los últimos, con los que acaba de componer para leerlos en el acto de la coronación. Y para conseguir mi objeto, basta con copiar esta estrofa:

«De gloria, placer y oro corrió á mis pies un río: de España he sido asombro, su pueblo me adoró; el mundo pudo un día y aun hoy tal vez ser mío, y osar pudiendo á todo, á todo he dicho: No.»

Y dígame ahora si el propio Satanás, prototipo de la soberbia, no resulta modestísimo hasta la exageración y con méritos para que lo indulten por aquel pequeño arranque que tuvo en el cielo.

Prescindiendo de que haya sido ó no asombro de España, esta España que no se asombra ya ni de su grandeza pasada, cabe preguntar:

¿Por qué regla de tres el mundo ha podido ser nunca de un poeta que no ha cantado ideales sino tradiciones? ¿Qué es un poeta, ni que puede influir hoy en la marcha de la humani-

dad el rimar alma con palma, rellenando el período con frases huecas y convencionales?

Y voy más lejos. Aun cantando ideales, la influencia del poeta es bien escasa en el estado actual de la civilización. Puede en un momento dado contribuir á impulsar á un pueblo por el camino que le hayan de antemano trazado sus pensadores y sus hombres de gobierno; pero nada más.

¿Ser suyo el mundo? ¿Por qué? ¿Qué alto puesto ocupa, con qué medios cuenta, qué ideas nuevas trae, qué ejércitos le obedecen, qué pueblos le apoyan para hablar así? Aparte de que, aun cuando dispusiera de todo eso, no por eso sería suyo el mundo. Bismarck lo tiene, y gracias que le permitan mandar libremente en Alemania.

Pero ahora advierto que he enfilado mal este artículo, y que no es á Zorrilla á quien debo censurar, sino á los que le han llevado á Granada para exhibirse á su costa ó para llamar forasteros á la población; á los escritorzuelos que han jaleado el proyecto; á las corporaciones que á realizarlo han contribuido, y á los que no se avergüenzan del contraste horrible que ofrece con este telegrama publicado en *El Liberal* del día 18:

«Cádiz 17 (11-50 n.).

En este momento termina la velada literaria musical que se ha verificado en el salón regio de la Diputación por iniciativa del Ateneo de Cádiz en honor del poeta Zorrilla.

La concurrencia ha sido numerosísima; todos los trabajos fueron muy aplaudidos. Se leyeron, en medio del entusiasmo general, varios trozos de las obras de Zorrilla.

El acto resultó magnífico.

Hoy están esperando en Cádiz más de quinientos emigrantes de esta provincia y de las de Sevilla y Granada, aguardando el próximo vapor para Buenos Aires.—*Máinez.*»

Flores... música... poesías...

Cádiz delirante... Granada frenética... Derroche de dinero por todas partes...

Y en tanto, quinientos emigrantes, muchos de esa misma provincia de Granada, en lo mejor de su vida, aptos para el trabajo, con familia, con afecciones, huyendo de esta patria donde se corona á los poetas y se deja morir de hambre al que la fecunda con su sudor, la riega con su sangre y la enaltece con su honradez.

¡Uf! Siento deseos de escupir...

Y escupo sobre esas flores que la vanidad, la mentecatez y el mercantilismo arrojan al paso de un poeta que nunca pulsó la lira para decirle á ese pueblo lo que Cristo á Lázaro:

¡Levántate y anda!

JOSÉ NARENS.

EL GORRIÓN Y EL HOMBRE

EN LA CÁRCEL MODELO

Los que pertenecemos á cierta escuela filosófica nos diferenciamos de la mayoría de los hombres subyugados á las creencias religiosas imperantes; hay en nosotros algo superior, algo grande, algo magnífico.

La Naturaleza es un Dios indescriptible, poético, maravilloso.

Admirarla en todas sus obras, en todas sus múltiples y variadas manifestaciones, es la condición nobilísima del hombre pensador.

Para nosotros una cosa pequeña conviértese en la más grande de las concepciones humanas.

Hay quien considera al hombre superior á los demás seres, por su inteligencia, raciocinio y libertad, y esto, que á simple vista parece un axioma incontrovertible, tiene, sin embargo, sus distingos.

Venid conmigo á la Cárcel Modelo, ese albergue celular que el rigor de la justicia humana ha levantado en uno de los extremos de Madrid, próxima á la escuela de Agricultura, y podréis convenceros, como yo, de que el hombre llega á ser esclavo por la propia eficacia de sus determinaciones inteligentes.

Quiere castigarse el delito, y la ley equipara el hombre á la fiera, encerrándolo en una estrecha celda, donde le falta aire para respirar, espacio para la necesaria expansión de su espíritu, luz para el indispensable recreo de su vista.

El encierro es continuo, no teniendo el preso mas que un cuarto de hora de paseo en las veinticuatro de que se compone el día, con lo cual se demuestra claramente que el hombre es un sér sociable menos en la Cárcel Modelo, donde pretende la ley corregir y enmendar al criminal cometiendo crímenes, dada la perversidad de ese sistema celular semi-absoluto, reprobado por la ciencia, la moral y la costumbre.

Los así castigados piensan en el suicidio, odian la justicia, hasta aborrecen á la humanidad.

Para ellos el aislamiento es un martirio acaso peor que la monstruosa pena de muerte; y si se comparan con los demás seres que la inmortal Naturaleza difunde en sus sabias creaciones por los aires, las aguas y la tierra, conviértense indudablemente en los más desgraciados y repugnantes mortales; no poniendo término á sus desdichas por medio del suicidio, sin duda porque pertenecen á las clases sociales inferiores, á las más abyectas, á las más ignorantes.

En este edificio de la perfidia, que la ley ha levantado para el castigo del crimen, el hombre cae en el envilecimiento y en la degradación más deplorables, en lugar de purificarse y

redimirse para volver á la sociedad limpio de toda mancha, corregido de todo yerro.

El taller, la cátedra, las conferencias públicas debieran ser las continuas ocupaciones en las horas del día para ahuyentar los malos pensamientos, las funestas pasiones, los malhadados rencores, el hábito á la vagancia, la pertinacia en la comisión del delito ó la afición al crimen.

Y la soledad y el aislamiento sólo para las horas del descanso en las de la noche.

Este es el sistema celular mixto por que aboga la ciencia del derecho, no el establecido en Madrid por el rigorismo despótico de gobiernos conservadores ó moderados, que no saben distinguir entre el hombre y la fiera.

¡Ah! y en esta casa, donde se alberga más bien que la perversidad ó perfidia la miseria humana, ha creado la Naturaleza seres felices, venturosos y placenteros.

Estamos en primavera.

Amanece; son las cuatro de la mañana poco más ó menos.

Oyense los chirridos, no canto, de un ave, vecina del hombre, que vive de sus despojos y hasta de sus propias desdichas: el gorrión.

En los aleros de los tejados, en los huecos de la pared, en las ventanas ojivales de sus lienzos, orilla de las celdas donde el hombre llora sus desgracias, lejos de la familia y de todo trato social que pudiera mitigar sus penas ó desconsuelo, construye su nido, en que da vida á otros seres continuadores de su existencia, atendiendo á sus pequeñuelos con el mayor cariño y ternura, llevándoles como sabroso alimento las migajas del pan ordinario que el preso tira á los patios, ó los fragmentos del rancho, cuya pésima condimentación le obliga á arrojarlo lejos de sí, complemento fatal de la felicidad y la desventura.

Desventurado el hombre; feliz el gorrión.

La casa de muerte ó martirio para el hombre es albergue de vida y libertad para el ave, y este ave, inferior en el orden zoológico, parece la reina de la creación en los alrededores de la Cárcel Modelo.

Cualquiera diría, aun siendo poco pensador y nada filósofo, que la Naturaleza pretende con sus manifestaciones espontáneas demostrar la grandeza del ave, la inferioridad del hombre.

El ave, que cruza libre y rápidamente los aires, salvando montes, llanos y enramadas espesas ó valles profundos; que no encuentra obstáculos á sus deseos y apetitos desde la tierra á la inmensidad del espacio ó firmamento, vulgo llamado cielo, no tiene tribunales que la juzguen, conforme ó contra ley ó razón, ni cárceles que la opriman, ni compañeros que se gocen ó la desprecien en sus desgracias ó desdichas.

Si el hombre es su enemigo, se defiende con sus alas ó perece en la contienda; lucha más noble, racional y lógica que la prisión moderna, inventada por el hombre para esclavizar y deprimir al hombre.

¡Oh aves, emblema de la libertad, *summum* de la poesía y de la magnificencia indescriptible de un dios Naturaleza; yo os admiro y os respeto con aquel cariño sublime del inspirado Lamartine, que observaba en vosotras algo superior á la existencia del hombre, algo sobrehumano á la dolorosa peregrinación en la tierra del sér dotado de inteligencia y raciocinio!...

Siempre he creído, y seguiré creyendo, que el hombre es y será esclavo de su propia sabiduría ó de esa fatalidad en considerarse superior á los demás seres que pueblan la tierra, el aire y las aguas.

Y por si aún no estaba bien persuadido de mis arraigadas teorías, sujetas á error como todo en lo humano, la casualidad ó la deficiencia de las leyes me han traído á la Cárcel Modelo, donde mi propia observación, mis estudios anteriores y la práctica ó experiencia de la vida, demuestranme tangiblemente que hasta el pobre gorrión, pájaro despreciable, es más, mucho más que el hombre; pues cuando yo gimo y lloro tras las rejas de una cárcel, sin amigos, con familia apenas, que aquí todo se pierde, él canta, goza

y se divierte, acariciado por el monótono y dulce pío de su compañera y el amor poético de sus tiernos hijos.

He ahí la inferioridad del hombre.

E. SACO Y BREY.

Cárcel Celular, 16 Junio, 1889.

LA CASTIDAD MONACAL

¡Cuántas, cuántas veces llamaron la atención de los transeúntes por el mercado de flores de Valencia dos humildes religiosos hospitalarios de San Juan de Dios, que por aquellos puestos andaban recolectando limosnas para su asilo de niños!

No había mas que verlos para comprender que tan santos varones sólo pensaban en el amor de Dios y el ejercicio de la caridad... por cuenta ajena.

Siempre con la vista baja como si quisieran apartarla del mundo y sus vanidades; siempre graves y abstraídos cual cumple á quien, salvo el dinero de las almas piadosas, desprecia todo lo terrenal y perecedero.

Celedonio, conocido en religión por el hermano *Mansueto* (casi sinónimo de mansedumbre), y Antonio, en religión *Marcial*, estos eran los dos.

—¡Dichosos ellos! ¡qué gloria tienen ganada!—exclamaba una vieja al verlos pasar á su lado; y, conmovida, echaba mano al bolsillo, y decía á uno de ellos:

—Tome, hermano, esta peseta. Es falsa, pero á ver si la pueden ustedes pasar. En ustedes nada es pecado.

Tales arranques de generosidad excitaba su seráfica presencia y tal popularidad les proporcionaba sus virtudes.

Mas ¡ay! que existe un diablejo maleante y zaragatero dedicado á quitar á frailes y curas su buena reputación y fama, que con frecuencia se esconde entre los ojos de alguna muchacha de buen palmito y ¡cátate un cura ó un fraile perdido!

A él, y solo á él debe atribuirse el siguiente suceso que hoy sirve de conversación á todo Valencia, con grave detrimento de los susodichos hermanos y aun de toda su comunidad.

En el mercado hay un aguaducho, y al frente de él una joven bastante bonita, que solía dar limosnas á los buenos hermanos á cambio de estampas y medallas.

Estas visitas menudeaban más de lo justo, y poco á poco fueron dando al traste con la mansedumbre del hermano *Mansueto*, que ya no era tal, sino ferocísimo fraile que se revolvió para sacudir el pesado voto de castidad.

¡Qué diálogos más subversivos sostenía en el convento con su compañero de excursiones pedigüeñas!

—¡Ay, hermano *Marcial*!—le decía,—de esta fecha soy religioso al agua.

—O á la aguadora—respondía su colega.

—Pero ¡qué chica, hermano, qué chica! ¡qué cara, qué ojos, y qué!... ¡Válgame nuestro santo fundador!

—Válganos á los dos, que bien lo habemos menester.

—¿Conque también usted?

—También, hermano, también navego hacia esas aguas, que todos somos de la misma carne de nuestro padre Adán. Esta noche pasada no he podido dormir un minuto, y aun cuando me he propinado tres tandas de disciplinazos, como si no.

—Yo me he echado encima tres cubos de agua creyendo aquello de *similia similibus*, y nada.

Estos diálogos sostenían todos los días; pero llegó uno en que *Mansueto*, el mas viejo y atrevido de los dos, dijo al otro:

—De hoy si que no pasa, hermano. ¿Se decide usted á correr conmigo una calaveradilla?

—Veamos cuál.

—En el ropero de los aspirantes hay trajes seglares que nos vendrán pintiparados; nos disfrazamos, salimos por la puerta falsa, vamos á buscar á esa muchacha, le proponemos que se venga con nosotros, y...

—¡Aceptado, aceptado! exclamó el *Marcial*, que ya contaba la cosa hecha.

Era de noche, y, sin embargo, ya estaban nuestros dos frailes en la calle vestidos de personas y camino del aguaducho.

Cuando llegaron á él serían las once, y ¡oh ventura! estaba sola su dulcinea.

Pidiéronle dos limonadas para templar algo su ardor, y tras largo rato de charla, acabaron por proponerla que se fuese con ellos.

La chica se quedó como quien ve visiones. No era para menos; tenía ante sí dos frailes *dequissès* de pecadores, y tal impresión le produjo su exabrupto, que cayó al suelo acometida de un síncope.

Ante la negativa de la joven, y, sobre todo, ante el temor de que acudiese su familia, los sanjuanistas emprendieron el trote al grito de ¡huyamos, hermano, que va á haber leña!

Vuelta en sí la joven fué conducida á su casa; sus padres, enterados de todo lo ocurrido, no pudieron dormir en toda la noche.

Los frailecos no desistieron de su empresa á pesar del fracaso. Sabiendo por conversaciones anteriores que su perseguida vivía en la calle de la Muela, se llegaron á la una de la madrugada á la puerta de su casa y dieron varios golpecitos.

Oyólos el padre de la muchacha, se echó á la calle en busca de los rondadores, y entonces vió lo que son capaces de correr dos hijos de San Juan de Dios en caso de apuro.

Por fortuna el sereno de la calle pudo trincar á uno por el cogote y poco después el de la calle de Falcons dió caza al otro.

Trasladados al retén de la calle de Escolano, manifestaron su profesión de vagos de hábito, ser profeso el *Mansueto* y tener treinta y cinco años; y ser lego y de veinticinco el otro.

Conducidos al gobierno civil, éste los entregó en forma al superior de la comunidad.

No hay para qué decir si el hecho habrá llamado vivamente la atención en toda la ciudad. Algunos guasones, recordando que acababa de celebrarse la romería á *Sancti Spiritu*, exclamaban:

—¡Apenas hubieran dado juego esos dos religiosos entre las peregrinas!

Y con razón: media docena de frailes de ese temple son capaces de poblar un mundo á espaldas de la castidad monástica.

No terminaré sin repetir lo que he dicho mil veces á los padres de familia:

Los que quieran ascender á abuelos, no por obra de varón sino de macho, deben exhortar á sus hijas á que frecuenten el trato de las gentes de hábito y sotana.

Porque es probado.

A última hora se nos comunica el desenlace de esta aventura fraileca.

El juez municipal, ante quien comparecieron los reverendos, impuso al Antonio (a) *Marcial*, la pena de tres días de arresto, y la de dos á su compañero *Mansueto*, y las costas del juicio por mitad.

En el juicio, el *Mansueto* dirigió á la muchacha una mirada sentimental, y lanzó un suspiro, mientras el *Marcial*, hecho una malva, inclinó la cabeza y se resignó tranquilamente á pasar los tres días á la sombra; pero sin inmutarse ninguno y conservando el aire de seráfica beatitud con que antes daban el *camelo* á las gentes.

Tres días de cárcel se pasan pronto, y transcurrido ese plazo volverán á las andadas. ¡Vaya si volverán!

Por lo tanto, provéanse de estacas los padres valencianos.

Y aunque pequen de gordas, no le hace.

A fraile libidinoso, garrote fuerte.

CONJURA MÍSTICA

No sé si por iniciativa propia ó por las repetidas y fundadas quejas de los vecinos de Encinasola, el prelado de aquella diócesis trasladó al *páter*, reemplazándole con otro de Ayamonte.

Tal resolución hirió en lo vivo al usufructuario del curato, y me lo explico: había fundado allí un espléndido batallón de hijas de María, fogueándolo largo tiempo en las lides espirituales, y en otras más terrenas, al decir de cuatro impíos, y no era cosa de abandonárselo al primer colega en sotana que el arzobispo, como si dijéramos, el capitán general místico del distrito, enviase para reemplazarlo.

El medio que eligió para evitarlo fué el siguiente:

La noche anterior al día en que debía ceder los trastos del oficio á su sucesor, reunió en la iglesia, á pretexto del rosario, á su femenino falange, trepó al púlpito, y después de despedirse con lágrimas en los ojos, parece que indicó la conveniencia de que no amasen al cura en puerta tanto como á él.

Ellas, que entendieron la indirecta, calentaron de cascos á sus padres, hermanos, deudos, amigos y criados, y al presentarse el nuevo cura á la puerta de la iglesia al otro día, le aguardaban sobre dos mil almas... de cántaro.

Halagado con aquel recibimiento, penetró en la casa de Dios, subió á la predicadora y apenas intentó hablar,

—¡Que se vaya! gritaron aquellos devotos. ¡Fuera el sardinero! (alusión á los naturales ó procedentes de Ayamonte). ¡Que se vaya! ¡Que se vaya!

No faltó más sino que le llamasen tumbón ó le mentasen la madre, para que el templo resultase una plaza de toros auténtica.

El charlatán forastero descendió del púlpito y á duras penas pudo hacer desalojar la iglesia.

Al día siguiente abandonó el pueblo con dirección desconocida, y esta es la fecha que no se sabe su paradero.

Aquí se me presenta ocasión de demostrar que EL MOTÍN no procede sistemáticamente censurando los defectos del clero, y voy á aprovecharla.

No porque el presbítero pertenezca á otra escala zoológica inferior al hombre he de negarle mi protección.

El acto realizado por la beatería de Encinasola, é inspirado por un compañero del ofendido, es indigno de personas bien educadas y hasta de católicos.

Esto pienso y tal vez piensen lo mismo el atropellado *páter* y aun su superior jerárquico.

Y conste, para evitar interpretaciones maliciosas, que, aun cuando no pertenezco á la sociedad protectora de animales, protejo á la familia clerical cuando por rara casualidad veo alguno de sus individuos víctima de una agresión injusta por parte de otro de la especie.

Tan desarrollado tengo, y en buena hora lo diga, el órgano de la justicia.

¡ECHE USTED GRACIA!

Por arrobos la tiene el siguiente milagro recién sacadito del horno clerical:

«Eran las 5'40 de la tarde; estaba dispuesto á marchar el tren directo para Florencia, cuando una señora, vestida de negro, pálida, prendida con un gusto exquisito, entró en el salón de espera. Sin detenerse pasó, no se sabe cómo, ni ser vista por los mozos de la estación, y el revisor la encontró sentada en un compartimiento de primera clase.

—El billete, señora;—díjole respetuosamente el empleado.

Levantóse la señora, y con voz melodiosa, sonriendo dulcemente, contestó con sencillez:

—No tengo billete.

—Pues habrá de tomarlo.

—No, no lo tomaré; me lo dispensa mi alta y santísima misión.

El revisor, temiendo que estuviese loca la señora, le replicó con amabilidad:

—Siendo así, señora, habrá de hacerme el obsequio de bajar; ya comprenderá que mi responsabilidad me impide tolerar que viaje sin billete.

—Bajaré — dijo la desconocida.

Y, efectivamente, bajó paso tras paso al andén.

Entonces, por tres veces, el maquinista movió la palanca de la locomotora, que por tres veces retrocedió. Los viajeros, sorprendidos, no sabían cómo explicarse aquel inesperado incidente. La señora pálida, permanecía en el andén, inmóvil y sonriente.

Por fin un pasajero la hizo tomar asiento en el tren, diciendo:

—Yo pago el billete.

La señora penetró en un compartimiento de primera clase, donde se quedó sola; y de pronto, sin apenas dar tiempo á los viajeros para sentarse, el tren se precipitó adelante, devorando el espacio como si le empujase una fuerza misteriosa.

Al llegar á Pisa, multitud de viajeros se precipitaron á la portezuela del vagón en que estaba la dama negra; el primero que se asomó á la ventanilla dió un grito de sorpresa. El compartimiento estaba vacío.

En el vagón flotaba un sutil olor á ambrosía; sobre los cojines, en las redes del equipaje, debajo de los asientos estaban esparcidos unos pedazos de cartulina blanca, algo más grandes que las tarjetas de visita; en medio de cruces y emblemas llevaban impresas estas palabras:

—Cumplo mi misión de perdón y de salvación. He tocado el corazón de los impíos y de los blasfemos.»

¡Qué divertido es todo esto!

No sólo nos distraen los clericales con sus romerías y sus farsas, sino que ponen sus privilegiadas imaginaciones en tortura para inventar cuentos que nos hagan reír.

Gracias, ilustres representantes de la estupidez humana, y que el Señor os conserve ese buen deseo de amenizar las tristes horas que pasamos los impíos... cuando no tenemos dinero.

LAS RUINAS DE PALMIRA

Desde que se publicó por primera vez esta célebre obra el año 1816 se han hecho centenares de ediciones en todos los idiomas y países, y aún es de tanta actualidad como cuando por primera vez salió de las prensas, y tan solicitada y tan leída: ¿qué mayor elogio puede hacerse de ella?

Ariete formidable contra todos los fanatismos, látigo implacable contra todas las tiranías. la inmortal obra de Volney no puede hacerse nunca vieja. Exposición clara, método uniforme, lógica contundente, claro raciocinio, vasta erudición y crítica serena y desapasionada, todo esto se encuentra en sus páginas; y libro que tales condiciones reúne es acreedor siempre al favor del público.

Por esto, y á solicitud de gran número de suscriptores de EL MOTÍN, nos hemos decidido á publicar esta nueva edición escrupulosamente corregida y precedida de unos apuntes biográficos del autor, suficientes para dar á conocer á aquel gran carácter de su época, eminente filósofo, profundo cuanto modesto sabio, y entusiasta amigo de la libertad y el progreso.

A continuación de *Las Ruinas de Palmira*, publicamos *La Ley Natural, ó principios físicos de la moral deducidos de la constitución del hombre y del universo*, que viene á ser como complemento de lo que en aquellas se dice, y en que se demuestra que la moral es una ciencia sometida á las mismas reglas y cálculos que las exactas, y fija é inmutable como ellas.

A pesar de la importancia de ambas obras y la mucha lectura que contiene el tomo, sólo costará

UNA PESETA

Teniendo los suscriptores directos á EL MOTÍN la ventaja de recibirla con el *cuarenta por ciento* de rebaja, al igual que todas las obras de nuestra escogida Biblioteca, beneficio que hacemos extensivo á nuestros corresponsales y á los libreros.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea del estilo de esta obra inmortal, copiamos á continuación unos párrafos del capítulo XXIII titulado *Identidad del fin de las religiones*.

Después de una disputa en que los sacerdotes de todas las religiones se ponen como nuevos, descubriendo sus mutuos engaños y supercherías, dice el autor:

«Entonces y á fuerza de reconveniones recíprocas, revelaron los doctores de los diferentes cultos todos los delitos de su ministerio, los vicios ocultos de su estado; y se vió que en todos los pueblos era

absolutamente idéntico el espíritu de los sacerdotes, el sistema de su conducta, sus acciones y sus costumbres; que en todas partes habían formado asociaciones secretas y corporaciones enemigas del resto de la sociedad; que se habían atribuido prerrogativas ó inmunidades, por medio de las cuales vivían libres de las cargas de las otras clases; que vegetan sin experimentar las fatigas del labrador, los riesgos del militar, ni los reveses del comerciante; que viven célibes, á fin de eximirse hasta de los cuidados domésticos; que encuentran, bajo capa de pobreza, el secreto de ser ricos y proporcionarse todo género de placeres; que con el título de mendicidad, perciben impuestos más grandes que los de los príncipes; que bajo el de los dones y ofrendas, adquieren rentas seguras y libres de toda carga; que bajo el nombre de recogimiento y devoción, viven en la ociosidad y el desenfreno de costumbres; que han hecho una virtud de la limosna, para disfrutar tranquilamente del trabajo ajeno; que inventaron las ceremonias del culto, para atraer sobre ellos el respeto popular, representando el papel de dioses de quienes se llamaron intérpretes y mediadores, para atribuirse todo el poder; que con este designio, y según las luces ó la ignorancia de los pueblos, fueron alternativamente astrólogos, adivinos y mágicos, nigrománticos, charlatanes, médicos, cortesanos y confesores de príncipes, siempre aspirando á gobernar en ventaja propia; que unas levantaron el poder de los reyes y consagraron sus personas, para granjear sus favores y participar de su poder; y otras predicaron el asesinato de los tiranos (reservándose la facultad de especificar la tiranía), á fin de vengarse de su desprecio ó de su inobediencia; que siempre llamaron impiedad á lo que dañó á sus intereses; que se opusieron á toda instrucción pública para ejercer el monopolio de la ciencia; en fin, que en todo tiempo y en todo lugar hallaron el secreto de vivir en paz en medio de la anarquía que causaban, seguros bajo el despotismo que favorecían, descansados en medio del trabajo que predicaban, llenos de abundancia cuando los otros de miseria; y todo esto por ejercitar el comercio singular de vender palabras y gestos á gentes crédulas, que se los pagaban como si fuesen objeto del mayor precio.»

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Sobre la interpretación del Código civil en lo referente á matrimonios, se ha suscitado competencia entre el juez municipal y el cura de la Almunia de Doña Godina.

En vísperas de celebrarse un matrimonio, pidió el de la coronilla al jefe de la Guardia civil, que al día siguiente enviase una pareja al templo por lo que pudiera tronar.

Y en efecto, un cabo y un guardia acudieron al mismo tiempo que los contrayentes, el cura, y el juez que estaba al quite para levantar el acta.

Se celebró la boda sin novedad; pero cuando el juez se dispuso á levantar el acta, el cura se encarró con él diciéndole que la casa de Dios no era una oficina; y uno alegando que con arreglo á ley debía hacer la inscripción en el mismo punto donde el matrimonio se celebra, y el otro que no le permitía en su taller, dieron ambos el gran escándalo.

Si me preguntaran mi opinión acerca de esto, diría que el *sotana* cumplió con su deber, porque todo cura debe ser ferozmente intransigente y grosero. La culpa es de los legisladores que nos rigen, y aún nos rajan, al obligar á los funcionarios judiciales á servir de comparsas en las iglesias.

Es de caballería un tal fray Sebastián, teniente en la parroquia de Gijón. Cuando se le pone entre ceja y ceja una cosa, ó hay que matarle ó dejarle salirse con la suya.

Días pasados falleció un alumno del colegio de la Virgen de la Piedad, y sus condiscípulos costearon una corona fúnebre para ponerla sobre el ataúd cuando emparejase con la puerta del colegio.

Se empeñó el fray que el entierro no había de ir por la calle donde el colegio está situado, pretextando que sin permiso del alcalde no podía hacerse.

Obtuvo el permiso, pero como si no; terne que terne el *cuervo*, llevó la comitiva por otra parte, y los compañeros del difunto tuvieron que echarse á buscarle camino del cementerio.

No es esta la primera vez que se opone directa ó indirectamente á que se honre con coronas la memoria de los difuntos; mas por mucha antipatía que tenga á las coronas mortuorias, no iguala á la que tienen á la suya cuantos le conocen.

Que amor con amor se paga.

Todo lo que sigue hizo el *parroquidermo* de Bernueces (Oviedo) en menos tiempo del que yo empleo en referirlo.

Salió á la sordina de la iglesia y empezó á repar- tir bofetadas á los chicos que se hallaban en el atrio, hasta ponerlos en precipitada fuga.

Después insultó á un vecino que tenía en brazos una niña de trece meses, á pretexto de que esta me- tía ruido; fué armando sucesivamente peloteras con un campesino que expendía una pipa de sidra; con una pobre viuda que había establecido una barraca en la romería; con una estanquera por vender una botella de caña, y, por fin, se retiró á descansar, no encontrando nadie más con quien reñir.

No parecía un cura, sino un can hidrófobo; es decir, parecía un cura efectivamente.

En el hospital de Medina del Campo hay nada menos que cinco *soros* para solo tres enfermos.

Tendrían tiempo de sobra para retozar con el capellán si éste fuese joven, pero ¡es tan viejo el infeliz!

Precisamente por eso le han armado una zanca- dilla para que se vaya, suprimiéndole la ración de carne que siempre han tenido asignada los capella- nes de la casa; y el pobre abuelo, antes que que- darse sin carne, ha resuelto irse con sus huesos á otra parte.

En cambio verán ustedes qué presbítero más orondo y brioso llevan para remplazarle; y no le es- casearán la carne, no; todo lo contrario; puede que llegue á hartarse de tenerla tan abundante.

Estaré á la mira de este asunto.

Están de enhorabuena los vecinos de Minas de Ríotinto.

Ha salido á oposición aquel curato, y tendrá que arreglar la maleta el ínclito Arteaga, célebre por su intervención en los tristes sucesos ocurridos allí, por sus intrigas para quitar el pan á obreros librepensadores, y por mil barbaridades más.

Dicen que trabaja para ocupar el sitio de *Cara-Ancha*. Me alegro, porque no va á ser gorda la que se va á armar en cuanto *Cara* lo sepa. Bonito genio tiene para que ningún colega le quite el pienso.

Si oyen ustedes que á un cura le ha reventado un carrillo otro del oficio, no pregunten quién es el primero: Arteaga; ni quien el segundo: *Cara-Ancha*.

Envidio á los de Ríotinto por el divertido espec- táculo que se les prepara.

El día diez del actual se celebró en el santuario de *Sancti Spiritus*, próximo á Sagunto, la auun- ciada romería.

Entre frailes, curas, hombres, mujeres y niños podrían calcularse los romeros en seis mil.

Abundaban los individuos de las disueltas parti- das y más aun los carlistas *ojalateros*.

De los varios frutos de la romería debe citarse uno. El que soltó una peregrina, tal vez ama de cura, en mitad del camino, siendo magníficamente asistida por sus compañeras de expedición.

Y se comprende.

Si en esas tareas y en las otras (las de ir á la iglesia y conversar con los curas) se pasan la vida, ¿no han de entender de eso?

En el hospicio de Villanueva y Geltrú vive un *so- tana* que visita á una casada precisamente en las ho- ras que su marido está trabajando.

El matrimonio tiene un perro y ¡cosas de anima- les!, familiarizado con el cura, lo considera como de casa y no hace mucho lo puso en un apuro.

Estaba hablando con un amigo el ensotano, cuando pasó por allí el can y empezó á dar saltos y hacerle caricias.

El casto sacerdote, con aparente candor, ex- clamó:

—¡Ca... ramba con el perro! Parece que me co- noce.

Ya lo creo que lo conoce.

Hay animales de mucho instinto.

Desesperados los *cucarachas* de Medina del Cam- po por no poder averiguar quién me envía las no- ticias de sus desaguisados, andan echando la culpa á todos cuantos vecinos leen periódicos librepensa- dores, que no son pocos, sin advertir que forman juicios temerarios penados por el Decálogo, y por el Código, que castiga la calumnia.

¿Qué dirían esos amados *curianas* si, después de verse envueltos en un proceso por calumniadores, su- pieran bajo secreto de confesión quién es la (y no él) que tanto interés se toma por sus cosas?

Porque en este asunto hay faldas, no lo duden; y faldas que en otro tiempo anduvieron muy allega- das á las suyas.

Amigo Jacinto, el de San Miguel de Medina:

Sé que andas en malos pasos; vamos, que cojeas un poco.

Pero consuélate; peor que tú anda otro cura, y por la causa siguiente:

Una noche que estaba de visita en casa de dos hermanas, entró de improviso un pariente de ellas, y ¿sería *mieditis* la que cogió que quiso tirarse por un balcón? Y aunque bajó al fin por la escalera, fué ayudado por la bota del recién llegado y más á prisa que deseaba.

Ahí ves cómo tienes motivos para consolarte. Si cojeas será culpa de tu calzado y no del ajeno.

Piadosamente pensado.

Todos los años celebra el cura de Bernueces una fiesta que llama de las flores, y lo primero que ha- ce es reunir á todas sus feligresas y exigirles peseta por barba.

¿Que alguna se hace la reacia? Pues cuando por cuaresma se presenta á examinarse de doctrina, así la sepa mejor que el padre Ripalda, le suelta unas *calabazas* mayores que su mollera.

Así, ya que no por voluntad, por temor al des- aire cuaresmal, ni una se escapa sin dar los treinta y cuatro cuartos.

¡Y aún dicen que es uno de los curas más brutos del Principado! Lo será, pero no se le conoce.

Las monjitas de la enseñanza de Vinebre tratan de edificar un convento, y requirieron á los vecinos para que los días de fiesta las ayudasen á trasportar materiales.

Los vecinos, sin duda por aquello de que se de- ben santificar las fiestas, no se dieron por aludidos, y las propias madres se dedican á conducir arena, tirar de los carros y otras ocupaciones por el estilo.

Bueno es que trabajen las reverendas, porque así evitan la ociosidad y de paso la ocasión de pecar; pero ¿qué hacen esos robustos presbíteros amigos suyos que no van á echarlas una mano?

Por lo visto sólo les gusta ayudarlas... á caer.

Iban á casarse en la Laguna (Tenerife) dos jó- venes de distintas razas, y temiendo el tío de la novia (neo de siete suelas) que las crías no saliesen finas, llamó á un capellán de monjas, perito en esos asuntos, para que bendijese la casa nupcial.

El *páter* requirió los arneses de batalla, se armó de hisopo, y á fuerza de latines y agua bendita ex- pulsó todos los diablos de la casa.

Ya pueden vivir tranquilos los neos esposos y estar seguros de obtener vástagos de primera cali- dad, y aun de calidad extra, si el exorcisante les presta su benéfica protección.

¡Cataplum!

¿Qué ha sido eso? se preguntaron los vecinos de Orense al oír el ruido.

Y no era nada que digamos. La capilla del ben- dito San Cosme que se había venido abajo.

Vióse claro el celo del santo en proteger á sus dovtos. Ni uno solo apareció apabullado entre los cascotes... porque era hora en que la iglesia esta- ba cerrada.

Bendigamos al Señor que tan incólume sostie- ne esta impía Redacción y también al arquitecto que hizo cimentarla tan sólidamente.

Como trabajar trabajan de firme esos del taller de exhalaciones celestes.

Hace pocos días enviaron de regalo una muestra de sus manufacturas á la iglesia de Ordenes (Pon- tevedra).

Se quedó un poquito corta; es decir, cayó delan- te de la puerta y fué lástima.

Porque de otro modo hubiese visto el señor cura cómo recompensa Dios á sus ministros los buenos servicios que le prestan.

Y á todo esto, la Redacción de EL MOTÍN...

La hermandad del Corazón de la parroquia de la Concepción (Huelva) se propone rifar una imagen.

En las papeletas, que expende á real, no dice que la rifará, sino que la regalará á quien tenga el nú- mero igual al del premio mayor de la lotería del 10 de Julio.

Cuestión de palabras.

Si el delegado de Hacienda cumpliera con su de- ber, y en vez de decir á los timbistas que los mul- taba dijese que los obsequiaba con el oportuno pa- pel de multas, el resultado sería el mismo.

En una iglesia de Jimena apareció una imagen de la Virgen con las faldas levantadas hasta la ca- beza y desabrochado el peto que le cubría el busto.

La profanación es enorme; pero no ha sido me- nos sorprendente la resolución de los curas de des- pedir al sacristán custodio de la imagen, á conse- cuencia del hecho.

¿Qué opinión del hombre tendrán esos curas? que para él no existen vírgenes seguras.

Dos nada más han sido las iglesias desvalijadas la última semana; las de Herbón y Siete Coros (Co- ruña).

De la primera se llevaron los ladrones las alhajas de María Santísima y veintitantos reales de los ahorrillos de las ánimas.

Del otro robo se ignoran detalles; pero de uno y otro se sabe que no se sabe el paradero de los la- drones.

Los respectivos curas, al menos, lo ignoran.

Se preparan en Lisboa los curas á festejar con un solemne *Te Deum* la llegada del patriarca, que, co- mo dijimos, estuvo á punto de estrellarse al volcar el coche en que humildemente viajaba.

Supongo que no será en acción de gracias por ha- berse roto su eminencia un brazo y dislocádose un hombro; porque en ese caso ¡Dios le libre de un *Te Deum* solemnísimol

Señal fija de que se ha despampanado la mollera.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Haro.—¿Me sabría usted decir qué significa el escudo esculpido en piedra sobre la puerta de la iglesia de San- to Domingo de la Calzada, que representa dos perros en- lazados, macho y hembra al parecer? ¿Sabe usted por qué las jóvenes se fijan al entrar en el emblema y se son- ríen maliciosamente?

—Al contestar á la segunda pregunta, contesto también á la primera. Esas jóvenes se reírán pensando que tal vez los señores de la casa y sus amigas íntimas anden revuel- tos como los animalitos de la puerta, y esa también de- bió ser la intención del artista que hizo el escudo. Una indirecta en pedernal.

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS

Instrucción y formularios para la celebración de los matrimonios canónico y civil y otras materias del Códí- go civil cometidas á los juzgados municipales.

En esta obra han reunido metódicamente los distingui- dos abogados y en la actualidad jueces municipales de Madrid, D. Antonio Domínguez Alfonso y D. Antonio Gabriel Rodríguez, cuanto se refiere á las dos formas de matrimonio establecidas por el Código civil, así como otras novedades trascendentales que competen en dicho cuerpo legal á los juzgados municipales; por lo que excusamos encarecer su utilidad, no sólo para los funcionarios judi- ciales, sino también para el público en general.

Forma un tomo de 264 páginas, y se vende al precio de tres pesetas en la administración de *La España Editori- al*, Tutor, 21, Madrid, adonde se dirigirán los pedidos, y en las principales librerías.

Hemos recibido dos ejemplares de una lámina alegóri- ca que representa á España coronando á los Sres. Balles- teros y Ruiz Jiménez, abogados de la acción popular ejercitada en el proceso de la calle de Fuencarral. La lá- mina es muy á propósito para ser colocada en un cuadro.

Véndese al módico precio de veinte céntimos de peseta en Madrid y veinticinco en provincias. Los pedidos al por mayor, y con una rebaja del veinte por ciento, pue- den hacerse á D. Fernando Márquez, calle de Carranza, 7, 3.º derecha, Madrid.

Memorias de un cómico de la legua, novela festiva de Henry de Kock.

De esta ingeniosa novela se acaba de hacer una nueva edición en un tomo de 206 páginas en 8.º, que se vende á peseta en la librería editorial de San Martín, Puerta del Sol, 6, Madrid, y en las demás principales.

EN PRENSA

GARROTAZO LIMPIO

POR JOSÉ NAKENS

PRECIO: DOS PESETAS

RETRATO

DEL

BRIGADIER VILLACAMPA

EDICIÓN DE LUJO

EN TRES TONOS Y EN PAPEL CARTULINA

Precio: una peseta.

Los señores corresponsales y suscriptores de EL MOTÍN lo podrán obtener con la rebaja del veinticinco por ciento.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.